

Relatos de la Vida de 'Abdu'l-Bahá

La vida del Maestro estaba centrada en Dios, no en sí mismo. Hacer la Voluntad de Dios, ser Su siervo eran Sus preocupaciones. No Le gustaban las fotografías de Sí mismo, permitiéndolas sólo para satisfacer a Sus amigos. “Pero tener una fotográfica de uno mismo”, dijo, “es enfatizar la personalidad, que es meramente la lámpara, y es de poca importancia. Sólo la luz que brilla dentro de la lámpara tiene importancia real”.

'Abdu'l-Bahá no temía al silencio; en verdad, conocía su virtud. Howard Colby Ives recordaba: “A una pregunta respondía primero con silencio, un silencio exterior. Estimulaba siempre a los otros a hablar y Él escuchaba. Jamás había esa angustiosa tensión, esa impaciencia que se observa tan a menudo evidenciando claramente que el oyente tiene la respuesta preparada para el momento en que tenga oportunidad de expresarla”. Ives relata una encantadora historia sobre otro pastor unitario* que estaba entrevistando a 'Abdu'l-Bahá para un artículo sobre la Fe bahá'í. Sus preguntas eran largas. El Maestro escuchaba “con incansable atención”, contestando la mayoría de las veces con monosílabos, pero relajado e interesado. Un gran “amor comprensivo” fluía de Él hacia el pastor. Ives se impacientó, pero no el Maestro; Su invitado debía ser escuchado en su totalidad.

Cuando por fin Su inquiridor se paró, después de un breve silencio 'Abdu'l-Bahá le habló con sabiduría y amor, llamándole “mi querido hijo”. En cinco minutos el pastor “se había vuelto humilde, por el momento, al menos, un discípulo a Sus pies... Luego 'Abdu'l-Bahá se levantó... abrazó amorosamente al doctor y le condujo hacia la puerta. En el umbral se detuvo. Sus ojos se habían encontrado con un gran ramo de rosas “American Beauty”... Él soltó una risa sonora... se agachó, cogió el ramo en Sus brazos... y las puso en los de Su visitante. Nunca olvidaré esa redonda cabeza gris, con gafas, sobre ese inmenso ramo de hermosas flores. Tan sorprendido, tan radiante, tan humilde, tan transformado”.

** El Sr. Ives mismo era en ese tiempo un pastor unitario.*

Un día 'Abdu'l-Bahá iba de 'Akká a Haifa y pidió un asiento en un carruaje público. El conductor, sorprendido, dijo: “Su Excelencia seguramente desea un carruaje privado”. “No”, contesto el Maestro. Mientras estaba aún en el carruaje en Haifa, una pescadora angustiada vino a Él; en todo el día no había pescado nada y

ahora debía regresar con su familia hambrienta. El Maestro le dio cinco francos, luego se volvió al conductor y le dijo: “Ve ahora la razón por la que Yo no cogí un carruaje privado. ¿Por qué debo ir en un coche lujosamente cuando tantos están hambrientos?”

Durante los últimos días de 'Abdu'l-Bahá en América, los bahá'ís estaban ansiosos de expresar su amor y gratitud con contribuciones de dinero. Pero Él las rechazó. “Estoy contento de vuestros servicios”, les dijo, “y estoy agradecido por todo lo que habéis hecho por Mí... ahora habéis traído regalos para los miembros de Mi familia. Son bien recibidos, pero el mejor de todos los regalos es el amor de Dios que permanece protegido en los tesoros de los corazones. Los regalos materiales permanecen por un tiempo, pero aquél subsiste para siempre. Estos regalos requieren cofres y estantes para guardarlos seguros, mientras que aquél está preservado en los depósitos de las mentes y los corazones y permanece eterno e inmortal para siempre en los Mundos Divinos. Yo, por lo tanto, les daré vuestro amor, que es el más precioso de todos los regalos. Nadie utiliza anillos de diamantes en nuestra casa y nadie quiere rubíes. Esa casa está libre de todas estas cosas”. Yo acepto, sin embargo, vuestros regalos, pero los dejo en segura custodia con la petición de que bondadosamente los vendan y envíen el producto al fondo para el Mashriqu'l-Adhkár.

Siempre que 'Abdu'l-Bahá discutía la importancia de enseñar la Fe bahá'í, hablaba con énfasis, y en Su Voluntad y Testamento escribió: “De todos los dones de Dios, el más grande es el don de la Enseñanza”. Los discípulos de Cristo se olvidaron de ellos mismos y de todas las cosas terrenales, abandonaron todas sus responsabilidades y pertenencias, se purificaron del yo, de la pasión y con absoluto desprendimiento se esparcieron por todas partes y se ocuparon en llamar a la gente al mundo de la Guía Divina, hasta que al final hicieron del mundo otro mundo... ¡Dejad a aquellos que son hombres de acción seguir sus pasos!”
